

Orígenes de la Historia del Presente: el modelo de las «*historiae ipsius temporis*» en los siglos XVI y XVII¹

The origins of the History of the present: the “*historiae ipsius temporis*” model in the Sixteenth and Seventeenth Centuries

Gonzalo Pasamar Alzuria²

Universidad de Zaragoza

gpasamar@unizar.es

Resumen: Desde la Antigüedad, el interés en mantener el recuerdo de los hechos cercanos ha sido uno elemento muy destacable en la escritura de la historia. Pero sólo las «*historiae ipsius temporis*», historias contemporáneas de los autores humanistas y, de algún modo, orígenes de la llamada “Historia del Presente”, fueron capaces, por primera vez, de narrar el propio tiempo con una considerable erudición y sentido del cambio. Surgidas para narrar las vicisitudes de las monarquías modernas y las guerras de religión, la necesidad enfrentarse con comportamientos políticos y sociales cada vez más complejos, su dependencia de la Retórica, de los Antiguos y de las cortes, acabó poniendo de manifiesto las limitaciones del género.

Palabras clave: Historiografía, *historiae ipsius temporis*, historia del presente, historia contemporánea, tacitismo.

Abstract: Since Antiquity, the interest in maintaining the memories of recent events has been a noteworthy component of historical writings. But only the “*historiae ipsius temporis*”, contemporary histories by humanists and, in a way, origins of the “History of the Present”, were capable of narrating, for the first time, the own time with remarkable scholarship and sense of change. Born to narrate the deeds of modern monarchies and

¹ Artículo recibido el 5 de octubre de 2009. Aceptado el 14 de noviembre de 2009.

² Este texto está asociado al proyecto de investigación “Economía y política en la construcción del Estado español moderno, 1650-1808” (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2008-01074/HIST).

the wars of religion, the need to deal with increasingly complex social and political behaviours, its dependence on the Rhetoric, the Ancients, and the Courts, led the genre to its limits.

Key words: Historiography, *historiae ipsius temporis*, history of the present, modern history, tacitism.

En su famosa *Historia General de España* Modesto Lafuente interrumpe la narración con la muerte de Fernando VII en 1833, a cuyo reinado dedica el Libro XI publicado por primera vez en 1858. Concluye la obra haciendo votos incluso porque Dios le otorgue “vida y salud bastante para dar forma y cima a los materiales y trabajos sobre el reinado de su hija”, “reinado grande, glorioso y consolador, en medio de los defectos, pasiones y vicios siempre en toda época inherentes a los hombres”. El propósito no llegó a cumplirse -Lafuente murió en 1866-, y hubieron de ser los también políticos e historiadores Andrés Borrego y Antonio Pirala, junto con el escritor y político Juan Valera, quienes llevaron a término esa continuación entre 1877 y 1882. Sin embargo, antes de dar comienzo a la narración de aquel período, Lafuente introdujo una Advertencia en la que, además de declarar la repugnancia que le causaba contar la historia de Fernando VII, de infausta memoria entre los liberales españoles, hizo también unas interesantes reflexiones sobre las dificultades de escribir «la historia contemporánea».

De ella presentó una caracterización antológica:

“no sólo [es] aquella en la que se ha tomado o podido ser parte activa o pasiva, sino también aquella que sólo se ha alcanzado en los años juveniles [...] pero de la cual existen muchos que fueron de ella actores, y muchos más que son inmediatos deudos y allegados de ellos”.

Sus consideraciones no se pararon ahí. Se fijó en la naturaleza de esta empresa y se quejó de que más dificultosa todavía que la “imparcialidad y el desapasionamiento” del historiador eran las exigencias de los lectores, “que son muchos y que [...] propenden a atribuir al historiador la pasión de que ellos mismos sin apercibirse de ello estén

poseídos”.³

Como sabemos, Modesto Lafuente, además de un historiador dotado de un fino sentido de la erudición y de una clara idea de la historia de España, fue un periodista y un político: un «escritor público» según se define en el Discurso Preliminar de su *Historia General de España*.⁴ Él mejor que nadie sabía que la tribuna política y la prensa habían contribuido notablemente a excitar el interés por hechos recientes como la guerra contra Napoleón, las vicisitudes del liberalismo español y la guerra carlista. Y ni él ni los autores de su generación renunciaron a cumplir con esas expectativas. Lo que no quiso evitar Lafuente fue el lamentarse de que la tensión entre el historiador narrador fiable de hechos relevantes y el historiador hombre público, persona comprometida con su época, se había acentuado hasta el punto de que cualquier declaración de objetividad en ese terreno quedaba aparentemente comprometida.

Ahora bien, la referida tensión entre escribir sobre el pasado y hacerlo con el pasado vivido no nace en el XIX, por más que este siglo sea espectador de un inusitado desarrollo de este último aspecto. Dicha tensión tiene un larguísimo recorrido porque es en cierto modo constitutiva de la fascinación por la historia cercana. El interés por el pasado contemporáneo, por una historia reciente, siempre fue considerado una actividad especialmente arriesgada. Suponía confrontar al historiador con un pasado vivo; situarlo por lo tanto en el punto de mira de sus lectores, de sus críticos e incluso de sus mecenas. Todos ellos, pese a las promesas de imparcialidad, iban a escudriñar celosamente el relato, las fuentes, e incluso las propias vicisitudes que rodeaban al historiador, en busca de elementos que les resultaran familiares, les reforzasen sus opiniones, les confirmaran en sus experiencias o, sencillamente, legitimaran situaciones y poderes establecidos. Cualquier discrepancia o disonancia daría pie a que aquél fuese acusado de parcialidad, desacreditado su trabajo e incluso censurado.

Los debates sobre qué es la llamada «Historia del Presente» han merecido recientemente la consideración detenida de los especialistas.⁵ El objeto de este artículo

³ Modesto LAFUENTE, *Historia General de España*, Barcelona, Montaner y Simón, 1880, Tomo V, p. 316.

⁴ El estudio de su trayectoria pública, en Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (ed.), “Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España”, en Modesto Lafuente y Zamalloa, *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días: Discurso Preliminar*, Pamplona, Ugoiti, 2002, pp. 9-42.

⁵ Además de numerosos artículos y colaboraciones en congresos y otros foros, como el de www.h-debate.com, en español disponemos de análisis más extensos tales como los de Josefina CUESTA BUSTILLO, *Historia del Presente*, Madrid, Eudema, 1993; Julio ARÓSTEGUI, *La historia vivida. Sobre la Historia del Presente*, Madrid, Alianza, 2004, y Ángel SOTO, *El presente es historia. Reflexiones de teoría y método*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, CIMAS, 2006.

no es terciar en ellos; pero sí va retener una de sus más importantes conclusiones: la historia del presente o contemporánea es, antes que un período cronológico, como se ha supuesto con demasiada ligereza, un enfoque, un modo de analizar o interesarse por la historia entendida como presente-pasado, esto es, como «historia vivida».⁶ Lo que queremos en este artículo es examinar la citada paradoja en sus orígenes y situarla en la perspectiva amplia de la historia de la historiografía.⁷ Queremos explorar sobre todo en qué medida los historiadores de los siglos XVI y XVII descubrieron de modo contradictorio la importancia de la historia de su propio tiempo. Esos historiadores fueron, precisamente, los primeros capaces de formular análisis históricos de su propia época dotados de una notable erudición y sentido del cambio –en comparación con los autores antiguos y medievales-, destacando en particular las «historiae ipsius temporis», historias del propio tiempo, un término que utilizaremos para referirnos genéricamente a la historia contemporánea asociada a la cultura humanista.

Los modelos antiguos ante los historiadores humanistas

Ante todo, hay que partir de la base de que los autores antiguos siempre tendieron a considerar más importante la memoria presente que la memoria remota. Esta tradición, que no se perdió con los autores medievales, sólo lejanamente ha servido de base para algo parecido a una historia del tiempo presente propiamente dicha.⁸ Fueron de hecho los escritores renacentistas con sus historias contemporáneas los encargados de dar los primeros pasos en la materia. Para ello tuvieron que hacer frente al espíritu relativamente atemporal –en comparación con la historiografía moderna-, basado en la tesis de la solidaridad de las edades del mundo (las seis edades de San Agustín, las cuatro monarquías de Paolo Orosio, etc.), así como al carácter disperso de las narraciones, propios ambos de la historiografía medieval. El descubrimiento de los modelos de los antiguos donde la moral y la política se fundían ayudadas del *Ars Rhetorica* fue su mejor herramienta. Sin embargo, la realidad es que el papel que jugó la historiografía en la Antigüedad, así como las formas que adoptó la representación del tiempo histórico, tienen poco que ver con las que tuvo para los más conspicuos

⁶Julio ARÓSTEGUI, *La historia vivida* [...], op. cit., pp. 52-61, 80-81, 102.

⁷ Comenzamos esta investigación con “Formas tradicionales y formas modernas de la «Historia del Presente»”, en *Historia Social*, núm 62, 2008, pp. 147-169. El presente artículo introduce nuevos problemas y rectificaciones a algunas conclusiones del anterior.

⁸ Los especialistas en Historia del Presente repiten con frecuencia que los orígenes de esta corriente se remontan a la historiografía antigua. La afirmación requiere muchas matizaciones. Vid. Josefina CUESTA BUSTILLO, *Historia del Presente*, op. cit., pp. 19-21; Henry ROUSSO, *La hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit*, Paris, Textuel, 1998, pp. 51-52; y Ángel SOTO, *El presente es historia* [...], op. cit., p. 38.

humanistas, y el interés que éstos dedicaron a los hechos contemporáneos sólo guarda similitudes aparentes –de gran significado sin duda- con el de los antiguos.

Estrictamente hablando tanto el modelo seminal herodoteo, como el que unos siglos después se asociaría estrechamente a las normas del *Ars Rhetorica*, el llamémosle «ciceroniano», fueron un reflejo del interés por retener la memoria contemporánea y un resultado del carácter marginal que tuvo la propia historiografía, tanto en la sociedad griega del siglo V AC como en la romana de época augústea. Como es sabido, el término «historia» en la acepción herodotea, que también seguiría en cierto modo una generación más tarde Tucídides, se basaba en los principios de la «ópsis» y de la «akoé», en la importancia de lo visto y lo oído; en el «principio de autopsia», como le llama un moderno especialista.⁹ Los historiadores del siglo XVI, al menos los de la primera mitad, acogieron con cierto entusiasmo las *Historias* de Heródoto y de Tucídides, debido en parte a la revalorización que experimentaron las ideas de lo visto y lo oído en un período de Descubrimientos y construcción de los imperios modernos; pero esos autores humanistas se iban a mover en un contexto en el que la erudición archivística y el hallazgo de antigüedades serían considerados progresivamente una exigencia cada vez más decisiva en la escritura de la historia, y lo visto y lo oído, un rasgo cada vez menos valorado y más sospechoso de contener elementos distorsionadores.

Las *Historias* de Heródoto son narraciones de acontecimientos ocurridos fundamentalmente a las dos generaciones anteriores a la del autor: las guerras médicas (en 479 AC cuando éstas acabaron, Heródoto era todavía un niño); y la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, hechos estrictamente contemporáneos que el propio Tucídides, como él mismo testimonia en la obra, se dedicó a compilar una vez caído en desgracia a raíz de la derrota naval de Anfípolis, un acontecimiento decisivo en las guerras civiles que narra (441-411 AC).¹⁰ No cabe duda de que los criterios antes comentados tenían una enorme ventaja sobre la poesía homérica coetánea, elemento esencial en la educación en la Grecia antigua e igualmente destinada a retener la memoria de grandes hazañas. Ante ella ambos autores se muestran abiertamente beligerantes: “Dejemos cantar a Homero, y mentir a los versos ciprios, que no es poeta quien no sabe fingir”,

⁹ François HARTOG, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, Buenos Aires, F.C.E. de Argentina, 2003, pp. 247-257.

¹⁰Referencias del propio TUCÍDIDES a ese hecho, en *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Alianza, 1989 (Libro V, 26), p. 480. Sobre el carácter contemporáneo de las *Historias* de Heródoto y sus límites, Charles-Olivier CARBONELL, “L’espace et le temps dans l’oeuvre d’Hérodote”, en *Storia della Storiografia*, núm, 7, 1985, pp. 138-149.

escribe Heródoto.¹¹ Por su parte, Tucídides confiesa que "estimé que no tenía que escribir [...] informándome por un cualquiera, ni según a mí me parecía, sino que he relatado los hechos en los que yo mismo estuve presente, o sobre los que me informé de otras personas"¹².

Sin embargo, la ventaja de lo visto y oído sobre lo mítico nunca sirvió al parecer para que la historiografía adquiriera mayor peso específico entre los antiguos griegos, según se desprende del famoso pasaje de la *Poética* de Aristóteles donde el Estagirita considera que la poesía es superior a la historiografía¹³; una creencia que sólo será puesta en duda a partir del siglo XV. Más aún, a tenor del papel marginal que jugó la historiografía en la cultura griega de los siglos V y IV AC, una cultura fuertemente marcada por la oralidad y la memoria, Heródoto y Tucídides no fueron sólo meros escritores que escribían para sus lectores. Sus obras contienen importantes claves pensadas para mantener viva la memoria oral –Heródoto fue un rapsoda que podía viajar de una ciudad a otra: "para ser leída en público, la ausencia de leyendas tal vez la hará parecer poco atractiva", advierte Tucídides acerca de su propia *Historia*¹⁴.

Si de la historiografía griega pasamos a la romana observaremos que el interés por una historia-memoria contemporánea se hace mucho más acentuado aunque reviste nuevos matices. Además de lo visto y oído, que siguió jugando un papel destacado entre aquellos historiadores, la clase media provinciana, de finales de la República y comienzos del Imperio fue un factor clave al respecto dado su interés por los grandes personajes y campañas militares de su época. Así que no es extraño que esa historiografía experimentase un uso público novedoso -una mezcla de búsqueda de ejemplos morales e interés por la supervivencia de la República y el Imperio-, ofreciese muchos más modelos que los autores griegos, o los tuviese en alta estima, y, a la postre, acabase entusiasmando a los humanistas de los siglos XV, XVI y XVII a la hora de encontrar nuevos criterios. A éstos últimos los autores antiguos les ayudaron a construir dos convicciones básicas: la primera, que la historia era un nuevo género literario; la segunda, que su propio tiempo de construcción de los imperios y las monarquías modernas, que ellos tacharon de «época de calamidades», «época de desgracias», «siglo

¹¹HERÓDOTO, *Los nueve libros sobre la Historia*, Madrid, EDAF, 1989 (Libro II, LXVIII), p. 197.

¹²TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra* [...], op.cit. (Libro I, 22), p. 62.

¹³Valentín GARCÍA YEBRA (ed.), *Aristoteleus peri poietikes. Aristotelis Ars Poetica. Poética de Aristóteles*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 157-158.

¹⁴TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra* [...] op. cit. (Libro I, 23), p. 62. La tesis del Heródoto rapsoda, en François HARTOG, *El espejo de Heródoto* [...], op. cit., p. 257-275. Las claves nemotécnicas en la obra de Tucídides, en Gordon S. SHRIMTON, "Time, Memory, and Narrative in Thucydides", en *Storia Della Storiografia*, núm 28, 1995, pp. 47-54.

de hierro» y un sinnúmero de expresiones negativas, tenía similitudes con los ejemplos de la Antigüedad transmitidos por los autores romanos, los cuales, por tanto, merecían ser objeto de imitación, o cuando menos de análisis y meditación. La llamada doctrina de la «similitudo temporum» se convertiría así en un supuesto básico sin el que no se explica el modo en el que los autores humanistas abordaron la historia de su propio tiempo. También sirvió a la postre para imponer unos límites claros a este género.

De entre el repertorio a disposición de esos autores pronto destacaría el modelo de episodios breves y cercanos al estilo de Salustio, el historiador antiguo más popular entre mediados del siglo XV y del XVI. Su *Conspiración de Catilina* llegó a ser, según escribe Burkhardt, un breviario para conspiradores en la Italia del Renacimiento.¹⁵ También Livio fue un autor sumamente valorado en dicho período. Su modelo *Ab Urbe Condita*, fuertemente moralista, era fundamentalmente una historia de la república romana que, pese a su extensión cronológica, estaba pensada para subrayar la historia contemporánea.¹⁶ Sus Discursos e Historias proporcionaron claves a los autores y gobernantes del siglo XVI sobre el funcionamiento de las instituciones republicanas antiguas –y en el caso florentino, las modernas-, comparaciones con el ascenso de los imperios modernos,¹⁷ y un modelo para escribir las primeras historias nacionales. Los *Comentarii* de Julio César, por su parte, ayudaron a los autores humanistas a alumbrar un nuevo género historiográfico de carácter informativo entendido como colección de acontecimientos cuyo límite cronológico era la vida del propio autor, una información pensada para uso del futuro historiador.¹⁸ Y, en fin, estaban también los *Anales* y las *Historias* de Tácito, cuya influencia cobró un enorme impulso en la segunda mitad del XVI y el siguiente siglo. Dado que éstas últimas subrayaban aspectos de la incipiente crisis del imperio romano (escritas en torno al año 104 DC, abarcaban un período que iba desde el 69, “el año de los cuatro emperadores”, hasta la muerte de Domiciano en el año 96), los autores modernos no desaprovecharon sus posibilidades: consideraron que sus «exempla» podían ser aplicados a entender mejor las nuevas formas de ver la

¹⁵ Jacob BURKHARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, EDAF, 1982, p. 51. Sobre la importancia de Salustio, Peter BURKE, “A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700”, en *History and Theory*, vol. 5, núm. 2, 1966, pp. 137-139.

¹⁶ De los 142 libros que tenía supuestamente la obra, el primer libro abarcaba 240 años, los libros 2-5, 120 años, y los siguientes 92 libros –una parte de los cuales se ha perdido-, los años 167 a 9 A.C (Ronald MELLOR, *The Roman Historians*, London, Routledge, 1999, pp. 53-55; y Arnaldo MOMIGLIANO, “La tradición y el historiador clásico”, en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México D.F., F.C.E., 1993, pp. 140-154).

¹⁷ Peter BURKE, “A Survey of the Popularity” [...], op. cit., p. 147.

¹⁸ Eric COCHRANE, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago and London, University of Chicago Press, 1981, pp. 20, 35, 46-48, 76-77, 81.

política del siglo XVII donde las contradicciones entre el moralismo cristiano y el uso de la razón de Estado eran un motivo de preocupación creciente; y además las vieron como una ayuda inestimable para profundizar en las causas de los acontecimientos y la política contemporánea.¹⁹

Con el bagaje historiográfico descrito no es extraño que ya los autores romanos hubieran sido en su momento capaces de distinguir con mucha mayor nitidez que los griegos entre los «antiguos» y los «modernos», o entre los presentes y los pretéritos. Su representación del tiempo histórico tuvo muchos más matices que sus antecesores; fueron capaces de introducir diversas divisiones de la historia de Roma en edades²⁰ e incluso se mostraron conscientes de los riesgos que entrañaba contar la historia reciente. En una de las odas horacianas se puede observar, por ejemplo, cómo el autor incita a su amigo, el escritor de tragedias Asinio Polión, a continuar la historia de la guerra civil entre César y Pompeyo, y dice de ella que es una “obra llena de azares peligrosos” en la que “avanzas entre fuegos que recubren engañosa la ceniza” (“periculosa plenum opus aleae /et incedis per ignis/suppositos cineri doloso”) (*Odas*, II, 1).²¹ Ahora bien, pese a la demanda de la clase media provinciana o el prestigio de algunos escritores, quienes llegaron a gozar del favor de algunos emperadores –el caso de Livio respecto a Augusto–, debe recordarse que la historia siempre jugó un papel secundario entre las artes liberales de la antigua Roma. En la práctica no pasó de ser una parte subsidiaria del *Ars Rhetorica*, un «género esencialmente oratorio»²² dedicado al recuerdo y a la búsqueda de ejemplos morales.

Es cierto que para los escritores de los siglos XV a XVII el recuperar la idea de que la narración del pasado y del presente estaban asociados a la Retórica fue fundamental para impulsar los modernos cambios en la historiografía e incluso para acercarla a la teoría política. En primer lugar dicha asociación permitió superar la dispersión y acumulación noticiosa típica de las crónicas medievales donde solían ser frecuentes los arquetipos morales universales y donde la doctrina de la solidaridad de las edades del mundo limitaba severamente el horizonte de expectativa. Posibilitó, además,

¹⁹ Sobre la difusión de Tácito en Europa en los siglos XIV a XVII, Beatriz ANTÓN MARTÍNEZ, *El Tacitismo en el siglo XVII: el proceso de receptio*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1992, pp. 37-54.

²⁰ Vid. Isabel MORENO, “El tiempo como categoría histórica: la periodización y las edades de Roma”, en *Minerva. Revista de Filología Clásica*. Universidad de Valladolid, núm. 15, 2001, pp. 175-185; y José Antonio MARAVALL, *Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 124-132.

²¹ Quinto HORACIO FLACO, *Odas. Edición bilingüe*, Buenos Aires, Losada, 2005, pp. 218-219.

²² Marco Tulio CICERÓN, *Las leyes*, Madrid, Alianza, 1989, L. 1, p. 169.

profundizar en el análisis de motivos, que no otra cosa perseguía la costumbre, tomada igualmente de los autores antiguos, de introducir discursos verosímiles de personajes relevantes.

En *De oratore*, obra de referencia para los humanistas y la primera que fijó en la Antigüedad la teoría del género retórico, Cicerón había expuesto una fundada explicación del modo en que el historiador, entendido como orador y memorialista, podía ir más allá de la mera crónica de hechos al tratar con los acontecimientos contemporáneos:

“los hechos exigen que se siga el orden exacto de los tiempos, que se describa los lugares [...] cuando son importantes y dignos de memoria, conocer la preparación, después la ejecución, finalmente el resultado, el escritor debe indicar primero lo que piensa de la empresa misma; a propósito del acontecimiento, no sólo mostrar lo que se dice o hace, sino la manera en la que se hace o dice; en cuanto al resultado, desarrollar las causas con exactitud, haciendo notar la parte que procede del azar, de la astucia o de la temeridad” (XV, 63).²³

Con ayuda de la Retórica los autores romanos habían introducido una distinción entre los «anales», para referirse a los acontecimientos del pasado remoto, y la «historia», para los acontecimientos contemporáneos. El ejemplo de Tácito resulta paradigmático. La distinción, retomada por autores como Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (627-630), de un modo u otro va a llegar hasta el Renacimiento.²⁴ Sin embargo, el interés por «volver a las fuentes», como repetían frecuentemente Erasmo y otros humanistas,²⁵ el manejo de antigüedades, y la curiosidad hacia la «historia universal» acabaron desgastando aquella separación a lo largo de los siglos XVI y XVII para dar lugar a la diferencia propiamente moderna entre historia y fuentes. Se trató de una diferencia que hallaría una de sus primeras formulaciones en la segunda mitad del

²³ Marco Tulio CICERÓN, *De L'Orateur. Livre Deuxième*, Paris, Société d'Édition “Les Belles Lettres”, 1966, pp. 31-32.

²⁴ La distinción y su vigencia en los siglos XV y XVI en Girolamo COTRONEO, *I trattatisti dell' "Ars Historica"*, Napoli, Giannini editore, 1971, pp. 65-66; y Felix GILBERT, *Machiavelli and Guicciardini. Politics and History in the Sixteenth Century Florence*, New York, W.W. Norton and Company, 1984, pp. 223-225. Para el caso de ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías. Libros I-X*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1982, pp. 358-361. Para el de Tácito, Ronald MELLOR, *The Roman Historians*, op. cit., pp. 80-88.

²⁵ Ref. Peter BURKE, *The Renaissance Sense of the Past*, London, Edward Arnold, 1969, pp. 59-60.

XVI y décadas siguientes en la distinción entre la «historia imperfecta» y la «historia perfecta»: la primera se refería a unas fuentes especialmente importantes (los comentarios, siguiendo el modelo de César, los documentos oficiales y las antigüedades); la segunda, habitualmente a variedades de la «historia civil» capaces de presentar los sucesos a lo largo del tiempo con ayuda de los instrumentos de la Retórica y del Derecho (las historias, las crónicas e incluso los anales «del tiempo» -hasta llegar a la historia universal-, las biografías y las «relaciones»²⁶.

No debe olvidarse además que los vínculos entre la historia y el *Ars Rhetorica* también guardaron una estrecha relación con el papel secundario que el historiador antiguo jugó en la sociedad de su época. Narrar los acontecimientos contemporáneos a título de testigo se consideraba, a finales de la República y en la época augústea, ante todo una tarea de políticos y militares consumados oradores o expertos retóricos. Éstos, habitualmente en momentos de retiro, se aplicaban a mantener viva la memoria de ciertos hechos militares y comportamientos, de los cuales se veía muy conveniente extraer lecciones morales y para el propio gobierno.²⁷ Incluso, el haberse retirado definitivamente de la política se apreciaba como un valor suplementario para aspirar a la objetividad del relato cercano. Así lo expone Salustio en la introducción a su *Conspiración de Catilina*, un acontecimiento que tan sólo había ocurrido una década antes, señalando que se decidió a escribirla "con tanto mayor motivo cuanto ya me sentía libre de toda aspiración, miedo o inclinación a ningún partido político".²⁸

Por lo tanto, gracias en buena medida a la Retórica la historia sería vista a partir del siglo XV como un nuevo género literario:²⁹ una forma literaria capaz de proporcionar ejemplos, tomados tanto de la Antigüedad como del presente, que superasen el carácter

²⁶ Hemos descrito las variedades de la «historia civil» que Francis BACON establece en *De Dignitate et Aumentis Scientiarum* (1623) (*The Advancement of Learning and New Atlantis*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 71-76). Sobre las variedades del concepto de «historia perfecta» en los autores franceses de la segunda mitad del XVI, George HUPPERT, *The idea of Perfect History. Historical Erudition and Historical Philosophy in Renaissance France*, Urbana, University of Illinois Press, 1970, pp. 138-144; y Donald R. KELLEY, *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law, and History in the French Renaissance*, New York, Columbia University Press, 1970, pp. 133-135, 139.

²⁷ Marco Tulio CICERÓN, *Las leyes*, op. cit., pp. 170-171.

²⁸ Gayo SALUSTIO, *La conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta*, Akal, 2001, p. 107. Sobre la relación entre el concepto de verdad y la reivindicación de «ausencia de prejuicios» entre los autores clásicos, A. J. WOODMAN, *Rhetoric in Classical Historiography. Four Studies*, London and Sidney, Croom Helm, 1988, p. 74.

²⁹ "En este nuevo género literario de la historia harás un trabajo que en nada desmerecerá de tus anteriores tratados" le escribe el obispo de Verona a Juan Ginés de Sepúlveda cuando le comunica su nombramiento como cronista del Emperador en 1536. Ref. Alfredo ALVAR EZQUERRA, "Sobre historiografía castellana en tiempos de Felipe II (unas biografías comparadas: Sepúlveda, Morales y Garibay)", en *Torre de los Lujanes*, Real Sociedad Matritense de Amigos del País, núm. 32, 1996, p. 92.

intemporal de los preceptos filosóficos³⁰; un género dedicado preferentemente -no únicamente- a narrar de modo crítico acontecimientos políticos y militares; y un dominio que se podía comparar ventajosamente con la poesía.³¹ La experiencia se consideraría un valor central: “se puede escribir de todas las materias de modo creíble cuando se ha invertido una gran parte de la vida en asuntos de estado o de guerra”, escribió Jean Bodin.³² Ahora bien, esa apelación a la experiencia era igualmente reflejo de que el criterio mnemotécnico tradicional de lo «visto» y lo «oído» había pasado a ocupar un lugar secundario. Permítasenos recordar que el primer texto conocido en el que se asocia el término «modernitas» a un lapso de tiempo de cien años no es una obra renacentista, sino una crónica medieval de finales del siglo XII, la cual también asocia esos cien años a las ideas de lo visto y oído. Efectivamente, en *De Nugis curialium* el poeta Walter Map hace una cumplida identificación entre la «modernitas» y el presente al escribir que los “centum annos qui efluxerunt dico nostram modernitatem”. No es difícil entender por qué esta obra está tan alejada de los futuros autores humanistas: no sólo es una recopilación de anécdotas e impresiones sobre los más variados temas en la que Map hace gala de una concepción sumamente vaga de la Antigüedad, algo típicamente medieval; sino que además el término «modernitas» se restringe a

“[los] acontecimientos notables que están todavía suficientemente frescos y presentes en nuestras memorias, primero porque algunos cientos sobreviven, y también porque infinitos hijos tienen de sus padres y abuelos relatos muy seguros de lo que ellos no han visto”.³³

³⁰ Vid. Gregorio HINOJO ANDRÉS, “Nebrija y la historiografía Renacentista”, en Carmen Codoñer y Juan Antonio González Iglesias (eds.), *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca, Eds. de la Universidad de Salamanca, 1994, p. 32. Obsérvese, por ejemplo, que en *El Príncipe*, MAQUIAVELO, pese a defender la imitación de los antiguos, ofrece más ejemplos contemporáneos que antiguos, particularmente los relativos a César Borgia y a Alejandro VI. A éste último lo pone en el Capítulo 18 como un «esemplio fresco» del engaño (*Il Principe*, Torino, Einaudi, 1995, p. 117).

³¹ Aparte del precedente de Lorenzo Valla, esta última tesis parece iniciarse a mediados del XVI. Sebastián Fox Morcillo en *De historia institutione* (Amberes, 1557) es uno de los primeros autores en defenderla (Girolamo COTRONEO, *I trattatisti dell' "Ars Historica"*, op. cit., pp. 191-192).

³² Jean BODIN, *Method for the easy Comprehension of History*, New York, W. W. Norton & Company, 1969, p. 50; además, Luis CABRERA DE CÓRDOBA, *De historia para entenderla y escribirla* (1611), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, p. 35.

³³ Walter MAP, *De Nugis curialium. Texts, Documents and Extracts chiefly from Manuscripts in the Boleian and other Oxford Libraries*, Oxford, The Clarendon Press, 1914, p. 59. El repertorio de autores antiguos que cita Map y los rasgos generales de esta obra, recogidos en Montague RHODES JAMES (ed.), “Preface”, *Ibidem*, p. XXII. Destacan este texto con pequeñas diferencias de interpretación Bernard GUENÉE (*Histoire et culture historique dans l'Occident medieval*, Paris, Aubier Montaigne, 1980, p. 82), y José Antonio MARAVALL (*Antiguos y modernos [...]*, op.cit., p. 225).

Por todas las razones comentadas, el carácter pragmático que tuvo la historiografía humanista a partir del siglo XVI, al servicio de intereses políticos e incluso de la propaganda, la hace difícilmente equiparable al moralismo antiguo y a las tesis tradicionales de lo visto y oído. Bastará con recordar, para apreciar esas diferencias, que en el modelo ciceroniano originario el papel de la historiografía, entendida como oratoria y memoria de testigos, era claramente secundario: estrictamente hablando no contribuía a formar políticamente a los hombres, no estaba vinculada a finalidades pragmáticas y no se confundía con la acción judicial y política, que eran las actividades públicas más importantes en la antigua Roma. La historia servía más bien para rescatar del olvido acontecimientos, creando con ellos modelos morales, y, por lo tanto, actuaba de «magistra vitae», propiciando así la «delectatio», el entretenimiento, pero no la «utilitas»: “no busco en ellos [los historiadores griegos] más que un pasatiempo agradable en mis horas de ocio”, pone Cicerón en boca de uno de sus personajes en *De oratore* (XIV, 59).³⁴ La «utilitas» –frente a la «voluptas» de la poesía- sí fue, en cambio, un lugar común para los humanistas de los siglos XV a XVII.³⁵ De hecho la consideración de la historia asociada a la Retórica ayudó a conferir nuevos usos a la interpretación del pasado: la puso al servicio de las cancillerías; la convirtió en arma de defensa o crítica de identidades nacionales y, desde finales del XVI, la aproximó al llamado «tacitismo», esto es, la convirtió en un medio para transmitir reflexiones y ejemplos de técnica política.

Narrando el propio tiempo en los siglos modernos: la búsqueda imposible de la imparcialidad

Además de por el uso de los modelos de la Antigüedad, el interés por la historia del propio tiempo respondió, desde finales del siglo XV, a los nuevos factores políticos y sociales que dieron forma a las monarquías e imperios modernos. No es una casualidad que la aparición de las primeras teorías que reflejaron el surgimiento de nuevas cuestiones políticas al margen del moralismo cristiano tradicional o de las doctrinas aristotélicas, hayan acompañado al interés por la historia del presente. Como se sabe, una serie de intelectuales florentinos descubrirían por primera vez que la teoría política

³⁴ Marco Tulio CICERÓN, *De L'Orateur*, op.cit., p. 30. Además, Carmen CODOÑER, “Un modelo imitativo: la historiografía latina”, en *Stvdia Historica. Historia Moderna*. Universidad de Salamanca, vol. 13, 1995, pp. 22-23.

³⁵ En todos los tratados de “Ars historica” de esos siglos se insiste en la utilidad de la historia (ejemplos, en Girolamo COTRONEO, *I trattattisti dell' “Ars Historica”*, op. cit., pp. 31-32; 69-70, 193 *passim*.).

cristiano-aristotélica como tal no servía, o era claramente insuficiente, para dar cuenta de la nueva coyuntura que se avecinaba a finales del siglo XV. Se trataba de hacer compatible, como escribe un moderno comentarista, el concepto aristotélico de «vivere civile» con el imperio de la «Fortuna», es decir, con todos los cambios que se suceden en el contexto europeo, y en Italia particularmente, durante el siglo XVI.³⁶

La tradición florentina, la primera que sacó partido a los criterios de la Retórica en el terreno historiográfico, pronto se encontró ante la necesidad de aplicarlos a la historia del propio tiempo. A partir de 1494, “el año más desgraciado para Italia”, como le denomina Guicciardini,³⁷ esto es, la fecha de la invasión francesa de Italia que trajo el colapso del régimen de los Medici en aquella ciudad, se iniciaría lo que los historiadores coetáneos llamaron una época de «calamitá» que se consideró prolongada hasta los años treinta y cuarenta del siglo XVI; un período en el cual las ciudades y los Estados territoriales italianos se vieron envueltos en las luchas entre los Habsburgos, los Valois, la monarquía inglesa, e incluso en luchas y negociaciones con el imperio turco, de modo que el patriciado italiano perdió definitivamente su independencia política. El año citado dio pie, igualmente, a la aparición de una historiografía político-militar basada en la idea de que los acontecimientos contemporáneos suponían un giro decisivo en la moderna historia de la península itálica, y a la postre en la historia europea.³⁸ Si en *Historiarum Florentini Populi Libri XII*, publicada por primera vez en 1492, Leonardo Bruni había sentenciado que “nada digno de recordarse ha ocurrido en Italia durante mucho tiempo donde algunas personas [los florentinos] no fuesen participantes”,³⁹ a los historiadores italianos de la primera mitad de XVI la historia de una sola campaña, o la de una sola ciudad tal que la propia Florencia, se les reveló insuficiente para entender los cambios ocurridos.

La *Storia d' Italia* de Francesco Guicciardini ha sido interpretada como una obra escrita al final de todo este proceso de toma de conciencia.⁴⁰ Guicciardini la fue preparando una vez retirado de la vida pública, entre 1537 y 1539. Es obvio que le empujaron su temprana afición a la historia, fundamentalmente florentina y familiar, además de la lectura de autores antiguos y modernos; una afición a la que se había

³⁶ J. G. A. POCKOCK, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975, pp. 114-271.

³⁷ Francesco GUICCIARDINI, *The History of Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1969, L. 1, p. 32. En lo sucesivo, citaremos en el texto a través de esta edición.

³⁸ Eric COCHRANE, *Historians and Historiography* [...], op. cit. pp. 163-197.

³⁹ Leonardo BRUNI, “Preface to de History of the Florentine People”, en *The Humanism of Leonardo Bruni (Selected Texts)*, New York, Center for Medieval and Early Renaissance Studies, 1987, p. 192.

⁴⁰ Felix GILBERT, *Machiavelli and Guicciardini* [...], op. cit., pp. 252-254.

dedicado en su juventud de modo esporádico así como en sus años de madurez mientras estuvo exiliado (1527-31).⁴¹ Sin embargo, lo que le decidió al gran proyecto fueron sobre todo sus experiencias políticas y militares de los años veinte, sobre todo a partir de la derrota francesa de Pavía y del «sacco di Roma», experiencias en las que vio fracasados sus deseos de frenar la supremacía de Carlos V en Italia y a través de las cuales presencié las ambiciones e interferencias papales y del Emperador sobre su ciudad natal. A partir de 1534 Guicciardini se había replegado a ésta, donde todavía actuó como consejero y espectador de las negociaciones entre el Emperador, los retornados Medici y los exiliados.⁴² Pero la abrumadora presencia de aquél y su propia influencia pública en la ciudad, que no cesaba de menguar, le llevaron a abandonar finalmente cualquier actividad pública en 1537 y a preparar una historia contemporánea que, además de a toda Italia, comprendía a las principales monarquías europeas. Realizada, como recuerda Ridolfi, con un volumen de documentos oficiales inusitados para la época, la obra abarca desde 1492, año de la desaparición de Lorenzo de Medici y de Inocencio VIII, hasta la muerte de Clemente VII en 1534. El haber sido gobernador y comandante en jefe en los territorios papales y en cierto modo artífice de la política anti-imperial de este pontífice fue lo que le llevó a Guicciardini a elegir esa fecha para concluir su Historia.⁴³

Los veinte libros de su *Storia d' Italia* merecen un comentario detenido ya que, además de componer la más conocida de las «historiae ipsius temporis» de los siglos XVI y XVII, para algunos autores alcanzó a fijar con ellos un modelo que se aproximaba a la antes aludida «historia perfecta», o al menos a algunas de sus variedades. Bodin, por ejemplo, calificó a Guicciardini de “ese verdadero padre de la historia”.⁴⁴

Sin duda lo más destacado de la obra fue su capacidad para combinar los componentes de la historiografía humanista en un sentido novedoso.⁴⁵ Es cierto que la mayoría de ellos ya contaban con una sólida tradición: discursos de personajes notables; preferencia por hechos político-militares, exclusión de las anécdotas y recreación de

⁴¹ Sobre su interés previo por la historia, *Ibidem*, pp. 228-240, Roberto RIDOLFI, *The Life of Francesco Guicciardini*, New York, A. A. Knopf, 1968, pp. 21-22, 190-192; y Marc PHILLIPS, *Francesco Guicciardini: The Historian's Craft*, Toronto, University of Toronto Press, 1977, pp. 18-31, 93-103.

⁴² Los fracasos diplomáticos y militares entre 1527 y 1534, en Roberto RIDOLFI, *The Life of Francesco Guicciardini*, op. cit., pp. 174-182, 197, su última etapa, *Ibidem.*, pp. 236-254.

⁴³ *Ibidem*, pp. 258-259 (el último capítulo, no obstante, quedó inconcluso).

⁴⁴ Jean BODIN, *Method for the easy Comprehension* [...], op. cit., p. 61.

⁴⁵ Eric COCHRANE señala que la *Storia d'Italia* seguía un “nuevo formato” que no se adaptaba exactamente a ninguno de los modelos disponibles (*Historians and Historiography* [...], op. cit., p. 297).

retratos psicológicos de algunas personalidades. En este caso Guicciardini huye tanto de los retratos completamente negativos como de los absolutamente positivos; ni siquiera en personajes con los que no simpatiza (como Alejandro VI, Carlos VIII de Francia, o el milanés Ludovico Sforza); tampoco se observa ningún deseo de mostrar incondicionalidad con Clemente VII, que fue el Papa para quien trabajó más tiempo y sobre el que tuvo claros sentimientos encontrados (L. 15, pp. 338 y 345; L. 16, pp. 361-363; L. 18, p. 399).

Es destacable igualmente el esfuerzo por ofrecer interpretaciones contrapuestas de los principales sucesos, “de acuerdo con la diversidad de las pasiones y juicios” de los intervinientes, algo que ya fue muy apreciado en su propia época.⁴⁶ Esto ocurre, por ejemplo, con la opinión sobre los Medici en la Florencia republicana del «gonfaloniere a vita» Piero Soderini (L. 10, p. 235), con la que el patricio Guicciardini no se sentía identificado por razones sociales; o a la hora de examinar la Santa Liga que convocó Julio II en 1511 para luchar contra los franceses (L. 10, p. 237), que el autor consideraba muy arriesgada; o las razones del rey de España y las del de Francia para aspirar a la corona imperial unos años más tarde (L. 13, p. 312). También se observa el rasgo apuntado por algunos comentaristas considerando a Guicciardini mucho más flexible en su fervor por la Antigüedad que su amigo Maquiavelo y señalando que su admiración por el antiguo secretario florentino no le impidió criticar sus constantes referencias a los antiguos:⁴⁷ pese a estar convencido de la «similitudo temporum», Guicciardini no tiene empacho en señalar que la artillería francesa que invadió Italia en 1494 era tan abrumadora que “deja ridícula a las tempranas armas de ataque que usaron los antiguos” (L. 1, p. 50), o que los viajes de los portugueses y de Cristóbal Colón habían demostrado la falsedad de las opiniones de los antiguos relativas al “conocimiento de la tierra” (L. 6, pp. 178-182).

Sin embargo, quizá lo más destacable y novedoso de la narración de Guicciardini es el aprovechamiento la técnica narrativa de Livio para ofrecer una visión de los acontecimientos contemporáneos a una escala europea. El interés por su ciudad natal es sin duda considerable, pero lo que preocupa al florentino son los acontecimientos

⁴⁶Jean BODIN, *Method for the easy Comprehension* [...], op. cit., pp. 73-74; Michel de MONTAIGNE, *Los Ensayos, según la edición de 1595 de Marie de Gournay*, Barcelona, Acantilado, 2007, pp. 602-603; Trajano BOCCALINI, *Ragguagli di Parnaso e pietra del parangone politico* [1612, 2 vols.], Bari, 1910-12, p. 137.

⁴⁷ Herbert BUTTERFIELD, *The Statecraft of Machiavelli*, New York, Collier Books, 1962, pp. 26-33; Roberto RIDOLFI, *The Life of Francesco Guicciardini*, op. cit., p. 207; Marc PHILLIP, *Francesco Guicciardini*, op. cit pp. 84-87.

Europeos, “las regiones más allá de las montañas” (L. 12, p. 279, L. 15, p. 343), y sus efectos sobre Italia; siendo lo más innovador su sabiduría para incardinar los sucesos de las más importantes ciudades y Estados italianos en la dinámica de la aparición de las modernas monarquías e imperios, de sus guerras y de sus relaciones diplomáticas. La propia tesis de la obra es igualmente novedosa (está expresamente planteada, por ejemplo, en el L. 8, pp. 191 y ss.): que los gobernantes y príncipes –incluidos los Papas– habían buscado la ayuda exterior de Francia, del Emperador y del rey de España, ayuda a la que se añadieron más tarde los intereses de Enrique VIII, para satisfacer sus «ambiciones» y «avaricia», provocando así una escalada de «desgracias» nunca antes vista en Italia, sobre todo en el año 1527, y una inusitada alarma en la Cristiandad. El resultado no sólo habría sido la invasión de Italia, sino que el mismo deseo de liberarla se habría convertido en la mayor fuente de destrucción de la misma.⁴⁸ La tesis no era absolutamente nueva pero nadie la había expuesto hasta entonces con tanta claridad, rotundidad e incluso pesimismo.⁴⁹

Guicciardini se muestra parco en el manejo de sentencias morales y la obra no tiene un interés propagandístico. Su objetivo, además de ganar fama, era “escribir acerca de esos acontecimientos que han ocurrido en Italia en nuestra memoria” (L. 1, p. 3). Sin embargo, la tendencia al propagandismo estaba unida a las circunstancias del historiador de época moderna y, por lo tanto, los autores humanistas, quienes seguían la premisa ciceroniana de “no osar decir más que la verdad” (*ne quid veri non audeat*),⁵⁰ pronto se vieron en la obligación de extremar sus declaraciones de imparcialidad y de dar cada vez más explicaciones al respecto. No hay que olvidar que los siglos XVI y XVII fueron la época dorada de los cronistas, personajes al servicio de los príncipes, figuras del círculo real, quienes llegaban a reunir las funciones de consejeros, emisarios o embajadores, y de secretarios y archiveros; intelectuales todos ellos claramente influidos por el paradigma humanista. Se trataba de personajes dedicados, al menos en teoría, a la «historia oficial», quienes pretendían fijar la memoria de acontecimientos «presentes», biografías de los monarcas a quienes servían, y de su familia, o de los reinos para los que trabajaban, pero situándolos en un pasado nacional de orígenes remotos. A través de lo que se ha llamado un «patriotismo étnico» esos autores fueron los primeros en colocar las bases de una historia nacional, esto es, una historia guiada

⁴⁸ Una descripción de esos «ciclos de conflicto» de la *Storia d' Italia, Ibidem*, pp. 122-127.

⁴⁹ La valoración de la idea de la «calamitá» en los historiadores italianos coetáneos, en Eric COCHRANE, *Historians and Historiography* [...], op. cit., pp. 163-198.

⁵⁰ Marco Tulio CICERON, *De L'Orateur. Livre Deuxième*, op. cit., p. 31.

por un sentido identitario pero donde los intereses dinásticos se confundían con la idea de nación.⁵¹

Sin embargo, frente a la relativa seguridad de este género historiográfico, que tuvo pocos reparos en aceptar toda clase de orígenes míticos, la historia del propio tiempo fue considerada siempre una labor especialmente difícil y arriesgada entre los propios humanistas. Ni siquiera la *Storia d'Italia* de Guicciardini se libró de ser considerada parcial. A él se le criticó unir las cualidades de historiador con las de protagonista de algunos sucesos que narraba e incluso la obra se vio envuelta en el emergente juego de estereotipos nacionales. No se publicó hasta veintiún años después de su muerte ocurrida en 1540, al parecer debido a las dudas que una historia tan cercana provocó entre sus herederos; y sólo los 16 primeros libros, pues los cuatro últimos no saldrían hasta 1564.

Guicciardini tuvo seguidores como Giovan Battista Adriani, quien con su *Istoria de' suoi tempi* se esforzó por llevar la narración hasta 1574, cosechando bastante éxito (Como, 1582, Venecia, 1583), pero los críticos del historiador florentino también se multiplicaron en la segunda mitad del XVI a medida que la notoriedad de la *Storia d'Italia* crecía. Es cierto también que, desde un punto de vista literario, era una obra lo suficientemente novedosa y erudita como para colocarse por encima de sus críticos. Pero no lo tuvo fácil, especialmente en Italia: las críticas de la época no siempre distinguieron entre el Guicciardini historiador y el diplomático y gobernador protagonista de los hechos que narra. El tema está bien estudiado gracias al trabajo clásico de Vicent Luciani: los historiadores florentinos reprocharon al patricio Guicciardini –sobre todo los simpatizantes de los «popolani»– el haberse apuntado muchos de los hechos que salvaron a Florencia en situaciones difíciles; los venecianos se sintieron inmediatamente aludidos y profundamente humillados por las muestras de sumisión al Emperador Maximiliano que muestra un discurso del embajador Giovanni Giustiniani, hasta llegar a afirmar que Guicciardini se lo había inventado –el tema se

⁵¹ Sobre los orígenes del oficio de cronista, Robert B. TATE, “Los trabajos del cronistas cuatrocentista”, en *Studia Historica. Historia Moderna*. Universidad de Salamanca. vol. 13, 1995, pp. 27-46; e IDEM “La historiografía del reinado de los Reyes Católicos”, en Carmen González y Juan Antonio González Iglesias (eds), *Antonio de Nebrija* [...], op. cit., pp. 17-28. Además, Teresa JIMÉNEZ CALVENTE, “Teoría historiográfica a comienzos del siglo XVI”, en Alfredo Alvar Ezquerro (coord.), *Imágenes históricas de Felipe II*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, pp. 197-215; Baltasar CUART, “La historiografía aúlica en la primera mitad del siglo XVI: los cronistas del Emperador”, en Carmen González y Juan Antonio González Iglesias (eds), *Antonio de Nebrija* [...], op. cit., pp. 39-58; y Francisco ESTEVE BARBA, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1992, pp. 72-78. La tesis del «patriotismo étnico», para diferenciarlo del nacionalismo del siglo XIX, la hemos tomado de José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2002, p. 62.

convirtió en motivo de polémica entre todos los historiadores que abordaron la historia de Venecia, hasta al siglo XIX; y tampoco les hizo mucha gracia el dibujo de una Venecia que actuaba al margen de los «consejos comunes», es decir, del resto de Italia. Los historiadores franceses denunciaron que “Guicciadin est passioné contre la France” como escribió en el siglo XVII el jesuita René Rapin. Y en fin el tratamiento de los Papas como príncipes mundanos fue visto como una irreverencia e incluso como una muestra de odio.⁵²

En realidad el interés por la historia contemporánea se consideraba una parte imprescindible del paradigma humanista, o si se quiere de la aludida «historia perfecta»; pero también se veía como una tarea cada vez más incómoda. “El escribir las cosas de su tiempo tiene peligro y dificultad por la irritación de los ánimos que lleva aquí y ahí el amor de los suyos, el odio de los enemigos, [...] por más que guarde igualdad y neutralidad”, aseguraba Luis Cabrera de Córdoba.⁵³ En opinión de este autor así como de los «ars historica» del siglo XVI la historia del propio tiempo era posible e incluso muy conveniente siempre que cumplierse ciertos requisitos. A título general podemos citar los tres que señala Bodin en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566): el tener experiencia política y militar, el uso de documentos oficiales y la imparcialidad.⁵⁴ Su incumplimiento llevará al historiador y jurista francés a censurar duramente a quien fue probablemente el más famoso de los historiadores europeos de la primera mitad del XVI, Paolo Giovio, biógrafo de papas y personajes de la época, y autor de unas famosas *Historiarum sui temporis* (publicadas en dos partes en Florencia en 1550 y 1552).

Giovio no sólo coincidió con Guicciardini en el hecho de ser un observador privilegiado de los acontecimientos de su época, sino que ambos se influyeron en sus respectivas Historias: Guicciardini, como gobernador papal, proporcionó fuentes a Giovio, y éste influyó en la Historia del florentino, e incluso se contó entre los autores que revisaron u opinaron sobre los manuscritos de la *Storia d'Italia* mientras su autor la iba redactando. De hecho, las Historias de ambos tenían bastante en común y las

⁵² Vincent LUCIANI, *Francesco Guicciardini and his European Reputation*, New York, Karl Otto and Company, 1936, respectivamente, pp. 55-68, 83-93, 131-152 y 195-217; la polémica en torno al discurso de Giustiniani, *Ibidem*, pp. 83-119, la cita de Rapin, *Ibidem*, p. 141.

⁵³ Luis CABRERA DE CÓRDOBA, *De historia para entenderla* [...], op. cit., p. 73.

⁵⁴ Jean BODIN, *Method for the easy Comprehension* [...], op. cit., pp. 43-84. Nótese que en este capítulo el autor no sólo se refiere a la historia contemporánea de los autores modernos, sino también a la de los autores antiguos.

comparaciones ya las iniciaron los escritores de la época.⁵⁵ Bien que situados en bandos distintos, la narrativa tenía un mismo origen político: con el interés puesto en la historia contemporánea italiana –tomando como punto de partida el año 1494–, los dos señalaron que las disensiones de los príncipes habían abierto la puerta a las invasiones y, a partir de ahí, extendieron su examen histórico más allá del mosaico de ciudades y Estados territoriales de la península. En el caso de Giovio, el objetivo se amplió hasta a una historia universal cuya tesis básica consistió en advertir que si la Cristiandad estaba fracasando en su lucha contra los turcos, además de señalar el avance luterano, ello era debido a las disensiones entre los príncipes⁵⁶. Sin embargo, a diferencia de Guicciardini, la obra de Giovio tuvo una elaboración mucho más compleja y se vio rodeada de circunstancias que se compaginaban poco con el ideal de imparcialidad requerido; factores en gran medida responsables de que su reputación como historiador del propio tiempo se resintiese bastante, y de que su contribución probablemente atrajo más que despejó dudas sobre el género.

La historiografía fue una parte muy destacada de la actividad de Giovio. Su hermano mayor, Benedetto, fue historiador de su ciudad natal, Como, y su trayectoria al servicio de varios cardenales y de un Papa, en teoría como médico de los mismos, se debió en realidad a la redacción de sus Historias, sus biografías o *Elogia* de ciertas personalidades y a su interés por el arte. Subsidiariamente fue arzobispo de Nocera, aunque la ciudad la visitó poco. Aún antes de publicar sus *Historiae*, Giovio ya tenía una trabajada fama de historiador del propio tiempo. Guicciardini, por ejemplo, en una carta de su etapa de gobernador de Bolonia (1531-34), llega a escribir irónicamente, “si no aparezco en sus Historias, creo que podré soportarlo”.⁵⁷ En realidad Giovio las había escrito en un larguísimo y turbulento período que va desde 1515, cuando redacta el primer borrador del primer libro (la obra llegó a tener 44 libros aunque algunos se han perdido), hasta 1552, año de su muerte y de la publicación de la segunda parte de aquella obra. El ritmo fue bastante irregular y está tan ceñido a los acontecimientos que narra que algunos de los libros los llega a escribir sólo con un año de diferencia. La obra, de presentación fragmentaria, abarca los años 1494 a 1498 y 1513 a 1544, con un pequeño sumario que llega hasta las muertes de Enrique VIII y Francisco I en 1547 –los

⁵⁵ Ejemplos en Vicent LUCIANI, *Francesco Guicciardini* [...], op. cit., pp. 14, 140, 155, 171. Además, Jean BODIN, *Method for the easy Comprehension* [...], op. cit., pp. 60-61.

⁵⁶ T. C. PRICE ZIMMERMANN, *Paolo Giovio. The Historian and the Crisis of the Sixteenth-Century Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 25-26, 31. Su confianza en la «Pax Imperii» y el desengaño final, *Ibidem*, pp. 36, 41, 44, 125, 182

⁵⁷ Roberto RIDOLFI, *The Life of Francesco Guicciardini*, op. cit., p. 222.

especialistas tienden a creer que el período intermedio fue soslayado por el autor.⁵⁸ La obra tuvo incluso una continuación unas décadas más tarde en la *Universae historiae sui temporis* (Venecia, 1581) del estudioso de la mitología antigua Natale Conti, quien llevó la narración hasta aproximadamente 1575.⁵⁹

Pese a sus cualidades intelectuales de humanista, había dos rasgos en el ambicioso proyecto de Giovio que pronto se consideraron poco compatibles con el concepto de imparcialidad reivindicado por la historiografía de la época: el autor carecía de experiencia política y militar, y no daba prioridad a los documentos oficiales. De hecho, semejante ritmo de composición sólo había podido desarrollarlo con un estilo «herodoteo» de entrevistas a personajes que intervinieron en los acontecimientos –el autor se muestra expresamente admirador de Tucídides y de su método de observación y de testigos–, gracias a su trabajo de acompañante en misiones diplomáticas de personajes papales, particularmente el cardenal Giulio de Medici, el futuro Clemente VII. Añádase a ello el hecho, que Eduard Fueter ya apuntó pero con demasiados anacronismos, de que Giovio fue el primer autor que utilizó de modo manifiesto su fama de historiador como arma de adulación, presión, y búsqueda de recompensas ante personajes importantes de la época y cancillerías. Además de a todos los Papas, conoció personalmente a Francisco I y se consideró incluso hombre de confianza de Carlos V, a quien no dudó en pedir gratificaciones.⁶⁰ Así se comprende que dicha proximidad, aquellos usos, amén de las carencias citadas, le granjearan una fama de historiador venal, ya en su propia época, que le ha perseguido hasta prácticamente el siglo XX.⁶¹ A Giovio no le sirvieron de nada sus declaraciones de imparcialidad ni la separación que estableció con sus biografías, en las cuales, de acuerdo al canon humanista, sí le estaba autorizado el tono laudatorio.⁶² Es cierto que nadie le discutió su importancia como historiador y su capacidad para desarrollar muchos de los elementos de la historiografía humanista, excepto el de la imparcialidad. Su habilidad en ir de la historia política y

⁵⁸ T. C. PRICE ZIMMERMANN, *Paolo Giovio* [...], op. cit., pp. 25, 67-69, 125, 129-130, *passim*.

⁵⁹ Ref. Eric COCHRANE, *Historians and Historiography* [...], op. cit., p. 376.

⁶⁰ Eduard FUETER, *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, Nova, 1953, Vol. I, pp. 66-67. Fueter dibuja a Giovio como una suerte de periodista perfectamente consciente de su capacidad de influencia sobre la opinión pública. Mucho mejor la imagen de cronista «indócil» del Emperador que plantea Baltasar CUART: "Jiovio en España. Las traducciones castellanas de un cronista del Emperador", en Francisco Sánchez-Montes González y Luis Castellano (eds.), *Carlos V, europeísmo y universalidad*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II, 2001, Vol. V, pp. 212-213.

⁶¹ T. C. PRICE ZIMMERMANN, *Paolo Giovio* [...], op. cit., pp. 63, 264-265; Baltasar CUART, "Jiovio en España" [...], op. cit., p. 208. Incluso BURKHARDT, quien usa con frecuencia sus biografías, no lo tendrá en alta estima (*La cultura del Renacimiento en Italia* [...], op. cit., p. 259).

⁶² T. C. Price ZIMMERMANN, *Paolo Giovio* [...], op. cit., pp. 241-243.

militar al detalle biográfico es, por ejemplo, mucho mayor que la de Guicciardini. Pero ya al poco de publicarse a las *Historiae* les ocurrió algo parecido a lo que le sucedió a la *Storia d' Italia* de Guicciardini: fue confrontada con otros testimonios vivos de la época. Además, también fue vista como un arma arrojadiza en el proceso de consolidación de las identidades nacionales de entonces. Giovio fue criticado por historiadores florentinos, y ninguno de los bandos que juzgó su obra pareció conforme: se le tachó de «antifrancés», «anti-imperial», e incluso de simpatizante de los turcos.⁶³ Se da el caso de que una vez que las *Historiae* fueron traducidas al español por Gaspar de Baeza en 1566, el abogado y soldado en Indias Gonzalo Jiménez de Quesada se apresuró a redactar en Colombia unos meses después una réplica que tituló *El Antejovio*. La obra, con nuevos testimonios, intentaba revisar el relato de Giovio y sobre todo pretendía salir al paso de una tendencia muy común –que se puede observar no sólo en Giovio, sino también en Guicciardini– consistente en identificar los desmanes de las tropas del Emperador, particularmente tras el «sacco di Roma», con el ejército español y con «los españoles».⁶⁴

La asociación de la historia contemporánea a la propaganda, su dependencia de monarcas y otros mecenas, fueron los factores que finalmente iban a provocar las más graves contradicciones en el género. Éste tuvo su época de esplendor mientras se consolidó la hegemonía española en Italia y se sucedieron las guerras de religión entre las monarquías europeas hasta mediados del siglo XVII, pero los aludidos obstáculos comenzaron a aparecer con toda claridad a finales del siglo XVI cuando las dificultades de los Estados, con guerras civiles y revueltas, hicieron acto de presencia. En el caso español, por ejemplo, se sabe con cierto detalle que ya el cronista Juan Ginés de Sepúlveda, autor de *De rebus gestis Caroli Quinti*, la más importante de todas las historias contemporáneas del Emperador, desistió de darla a la imprenta en vida en vista del descontento y maledicencia de los cortesanos, y, así, la obra no se publicará hasta el siglo XVIII.⁶⁵ Pero los problemas de la historia del propio tiempo con la monarquía española comenzaron a ser patentes en la época de Felipe II. Por razones que no están del todo claras, éste evitó durante mucho tiempo que fuese redactada una crónica de su

⁶³, *Ibidem*, pp. 235-274; Eric COCHRANE, *Historians and Historiography* [...], op. cit., pp. 374-375.

⁶⁴ Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA, *El Antijovio*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952. La identificación que se hace entre el ejército del Emperador y los españoles, en Baltasar CUART, "Jovio en España" [...], op. cit., pp. 217-220.

⁶⁵ Baltasar CUART, "La historiografía aúlica" [...], op. cit., p. 41, e IDEM "Estudio histórico" a [Juan Ginés de Sepúlveda] *Historia de Carlos V: Libros I-V*, Pozoblanco (Córdoba), Ayuntamiento de Pozoblanco, 1995, pp. I-CXXIII.

reinado.⁶⁶ La primera biografía extensa del mismo tuvo que esperar a finales del reinado de Felipe III, y todavía con serias dificultades debido a la censura que aún pesaba sobre la revuelta de 1592 en el Reino de Aragón.⁶⁷ Recordemos también el dato de que en las primeras historias de España propiamente dichas la parte contemporánea o no se consideraba necesaria o era deliberadamente evitada. Primero lo hizo un historiador que trabajaba por su cuenta pero aspiraba a ser cronista, Esteban de Garibay; y después el jesuita Juan de Mariana, quien se inspiró en el historiador vasco en sus *Historiae de rebus Hispaniae libri XX*, publicada en 1592; una obra con la que aspiraba a un resumen de la historia de España para consumo internacional a partir de los materiales allegados por los cronistas. En su *Compendio Historial* (1571), que también se nutre de crónicas, Garibay sólo llega hasta su propia época al narrar las vicisitudes de los reinos navarro y portugués (por supuesto, en éste último no hace la más mínima alusión a las ambiciones de Felipe II hacia Portugal); en cambio, cuando se ocupa de la historia de Castilla, decide «por respeto» reservar «para otro tiempo» la historia de Carlos V.⁶⁸ Algo parecido hace Juan de Mariana: detiene su narración con la muerte de Fernando el Católico y confiesa haberle asaltado las dudas incluso a la hora de abordar este reinado. Sólo en las ediciones de 1617 y 1623, en español, inserta un “Sumario de lo que aconteció los años adelante”, una simple crónica, que llega hasta la muerte de Felipe III.⁶⁹ La razón del porqué Mariana evitó la historia contemporánea probablemente se debe a que, como demostró en otros escritos como teólogo, no tenía una imagen positiva de las postrimerías del reinado del Felipe II y decidió prescindir de su narración: como se observa en *De rege et regis institutione*, estaba totalmente convencido de que la deriva del imperio español y los vicios de algunos personajes

⁶⁶ Vid. Richard L. KAGAN, *El rey recatado. Felipe II, la historia y los cronistas del Rey*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 40-43.

⁶⁷ La obra *Felipe Segundo Rey de España* (Madrid, Luis Sánchez Impresor, 1619), de Luis CABRERA DE CÓRDOBA, la primera biografía que se publica sobre este monarca, sólo llega hasta el año 1583. Al parecer el autor se negó a imprimir la continuación ante la censura sobre los sucesos de Aragón (ref. José CEPEDA ADÁN, “La historiografía española en 1580 y 1680”, en *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid Espasa-Calpe, 1986, T. 26, Vol. 1, p. 574).

⁶⁸ Esteban de GARIBAY Y ZAMALLOA, *Compendio historial de las Chronicas y universal de historia de todos los reinos de España donde se escriben las vidas de los reyes de Navarra*, Anveres, Christophoro Plantino, 1571, 4 vols. (las referencias a Navarra y Portugal, respectivamente Vol. 3, L. 30 y Vol. 4, L. 35; el aplazamiento de la historia de Carlos V, en Vol. 2, L. 20). Sobre Esteban de Garibay, Alfredo ALVAR EZQUERRA, “Sobre la historiografía castellana en tiempos de Felipe II” [...], op. cit., pp. 99-106.

⁶⁹ Juan de MARIANA, *Historia general de España*, Madrid, Joachín de Ibarra, 1780 [sigue la ed. de 1623], Vol. II, pp. 865-927. Un análisis de esta obra, en Alan SOONS, *Juan de Mariana*, Boston, Twayne Publisher, 1982, pp. 23-46, y Enrique GARCÍA HERNÁN, “Construcción de las Historias de España en los siglos XVII y XVIII”, en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Fundación Carolina, 2004, pp. 127-152.

habían desatado las iras de la divina providencia.⁷⁰

Precisamente la consolidación de la hegemonía española y la internacionalización de las guerras de religión a que se asistía a finales de dicho reinado, invitaban a continuar de nuevo las «historiae ipsius temporis», con sus pretensiones de historia europea y universal, pero esta vez ya no era el problema de la libertad italiana amenazada el que iba a ocupar el centro de gravedad. En este clima cambiante iba a destacar la obra que lleva por título *Historiarum sui temporis* del presidente del Parlamento de París, Jacques-Auguste de Thou, o Thuanus como el autor gustaba de llamarse. Como veremos, de Thou la concibió poniendo en juego todos los resortes de la noción humanista de imparcialidad, pero unos intereses políticos y religiosos cada vez más complejos le iban a hacer fracasar en ese ideal, al menos a corto plazo.

De Thou formó parte de la nobleza judicial y administrativa francesa, los llamados «robin». En este estamento, la fuerte influencia de la cultura humanista muy pronto propició la conciencia de que el derecho debía someterse al escrutinio de la historia. Así lo defendieron varias generaciones de filólogos y juristas del siglo XVI, tanto católicos como protestantes, que van desde Guillaume Budé hasta Jacques Cujas. Todos ellos abogaron por considerar la jurisprudencia romana antes como «efigies antiquitatis», como producto de la historia, que en su sentido intemporal («ratio scripta»); una relativización que a la postre resultaría crucial para las necesidades de legitimidad de la monarquía francesa en el período crítico de guerras civiles y fuertes enfrentamientos con la alta nobleza de la segunda mitad del siglo y décadas siguientes.⁷¹ En concreto, la trayectoria que desarrolló de Thou, discípulo de Cujas, estuvo completamente asociada al Parlamento de París, tradición familiar que se había consolidado cuando Francisco I elevó a su abuelo a la más alta magistratura de esta institución, al cargo de «président à mortier». Gracias a ello, desde joven de Thou acompañó a familiares o amigos de la familia, o como magistrado del Parlamento, cuya presidencia ocupará en 1595 a la muerte de su tío, en embajadas y viajes de inspección para hacer valer los derechos de Enrique III y Enrique IV. Como hombre de confianza de éste último, de Thou participó en los más importantes acontecimientos políticos que condujeron al final de las guerras civiles: la consolidación de la dinastía borbónica, la reconciliación entre el Rey y el

⁷⁰ Vid. Juan de MARIANA, *La dignidad Real y la educación del Rey*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, p. 378.

⁷¹ Las principales claves de esa concepción histórica del derecho, en Donald R. KELLEY, *Foundations of Modern Historical* [...], op. cit., pp. 68-80, 106-115; George HUPPERT, *The Idea of Perfect* [...], op. cit., pp. 152-156; e Ingrid A. R. de SMET, *Thuanus. The Making of Jacques-Auguste de Thou (1553-1617)*, Genève, Librairie Droz, 2006, pp. 204-206.

Papa y, sobre todo, las negociaciones con los protestantes y la elaboración del Edicto de Nantes.⁷² Así, los contactos y oficios de este jurista, y también poeta, le llevaron a recorrer Italia, los Países Bajos, Alemania, Suiza y, por supuesto, toda Francia más de una vez. El resultado fue su exhaustivo conocimiento de todas las regiones francesas, de las más importantes bibliotecas europeas y los inapreciables contactos con algunos grandes personajes de la cultura, tanto católicos como protestantes: Michel de Montaigne, el alemán Jerome Wolfius, los suizos Theodor Zuingher y Basile Amerbach, el famoso impresor Christophe Plantin, de Amberes, el británico William Camden o el francés afincado en Ginebra Josep Justus Scaliger, de cuya larga amistad de Thou se enorgullece en sus memorias.⁷³

Con el título de *Historiarum sui temporis* la obra la forman un conjunto de 138 libros; una monumental historia europea de las guerras de religión que abarca desde la muerte de Francisco I (1547) hasta el año 1607. Sus virtudes eruditas no pasaron desapercibidas a algunos autores que se esforzaban por escribir historias contemporáneas. El caso más claro fue el de su amigo William Camden, quien representa la unión entre la erudición y el servicio a la monarquía en la Inglaterra de finales del XVI y comienzos del XVII, y reconoce expresamente la influencia del presidente del Parlamento de París en sus *Annales Rerum Gestarum et Hiberniae Regnante Elizabetha* (London, S. Waterson, 1615).⁷⁴ Pero la conversión de las *Historiae* en un clásico no llegó hasta que en el siglo XVIII, en otro clima intelectual, se hicieron una versión en inglés y varias en francés.⁷⁵ No es difícil detectar el interés que despertaron entre ilustrados. Voltaire, por ejemplo, cita a de Thou en el poema *La Henriade*, en *Le Siècle de Louis XIV* y en el *Essai sur les mœurs*. Sin embargo, con su crítica de la violencia contra los hugonotes, la obra del presidente del Parlamento levantó una intensa polvareda política y diplomática apenas sus primeros libros salieron publicados en 1604. Lo que más dolió al católico ferviente Thou fue que, pese a su «profesión de imparcialidad y de filosofía», las *Historiae* le granjearon numerosos enemigos en el bando católico, fueron condenadas por la Curia romana en 1610, siendo

⁷² Jacques-Auguste de THOU, *Mémoires, 1553-1601*, París, Paleo, 2004, pp. 217-255, 279, 285, 294.

⁷³ *Ibidem.*, pp. 36-38.

⁷⁴ Consultado a través de la edición de hipertexto de Dana F. SUTTON, The University of California, Irvine. Sobre Camden y la erudición inglesa de la época, F. SMITH FUSSNER, *The Historical Revolution. English Historical Writing and Thought, 158-1640*, London, Routledge and Kegan Paul, 1962, pp. 117-149, 230-252.

⁷⁵ Las ediciones del siglo XVIII, examinadas en Samuel KINSER, *The Works of Jacques-Auguste de Thou*, The Hague, Martinus Nijhoff, 1966, pp. 264-267, 269-295.

al parecer calificadas por el propio Papa como «heréticas».⁷⁶ El jesuita Juan de Mariana, en el citado “Sumario de lo que aconteció los años adelante” de su *Historia General de España*, dedica, por ejemplo, las referencias al año 1613 a criticar las *Historiae sui temporis*, obra que, al parecer, se dio a conocer expurgada por aquel entonces en España. Mariana no tenía razones para estar contento con el Parlamento de París, que mandó quemar públicamente una de sus obras (*De rege et regis institutione*) nada menos que bajo la acusación de haber inducido al asesinato de Enrique IV; así que se entiende que escriba del presidente del Parlamento en los términos siguientes: “gran favorecedor de hereges, y de los católicos muy contrario, en especial de los que llama Jesuitas”, “[la Historia] tiene mentiras asaz”.⁷⁷

Las *Historiae Thuani*, como han señalado los especialistas, presentan un aparato erudito bastante desarrollado, un repertorio que deja atrás al que sesenta o setenta años antes pudieron manejar Guicciardini o Giovio: contiene una enumeración de fuentes en cada libro; usa abundantes documentos oficiales gracias a su accesibilidad por razón de cargo; se sirve de numerosos obituarios, *Elogia*, memorias de personajes, un diario personal que de Thou confeccionó desde joven y que se ha perdido, relaciones de viajes, publicaciones contemporáneas, *libeli* y *epistolae*.⁷⁸ Por el uso de fuentes derivadas del cargo, las *Historiae* se aproximan más al modelo de Guicciardini que al de Giovio, no obstante reconocer que están influidas por ambos. Pero las *Historiae* son la obra de toda una vida y tienen poco que ver, en cuanto a las causas que le decidieron a escribirla, con la decepción política y el mero intento de descubrir móviles políticos que impulsaron a Guicciardini a escribir la *Storia d' Italia* a su retiro como hombre público. La razón por la cual de Thou empezó a acariciar la confección de una historia del propio tiempo desde joven –al parecer sugerida por primera vez por su amigo y también discípulo de Cujas, Pierre Pithou- fue el horror que le causó la «terrible jornada» de San Bartolomé y la conclusión de que era imprescindible colocar al Estado –el concepto todavía no había sido formulado claramente en la época- por encima de las luchas religiosas.⁷⁹

Las *Historiae* son una defensa de la monarquía francesa en la que se transmite la idea de que por encima de las facciones está la patria; una patria entendida como conjunto de leyes que dicha institución encarna, la cual es, además, una salvaguarda

⁷⁶ Jacques-Auguste de THOU, *Mémoires*, op. cit., p. 274.

⁷⁷ Juan de MARIANA, *Historia general de España*, op. cit., Vol. II, p. 924.

⁷⁸ Ingrid A. R. de SMET, *Thuanus. The Making* [...], op.cit., pp. 216-221.

⁷⁹ Jacques-Auguste de THOU, *Mémoires*, op. cit., pp. 31-44.

contra la violencia partidaria.⁸⁰ La obra conecta de este modo con la tradición de las «historias de Francia» de exaltación monárquica de las que el siglo XVII fue testigo. Pero para reivindicar el concepto de verdad de Thou se tuvo que tomar molestias que hubieran sido impensables en cualquier otro género historiográfico. En el Prefacio redactado en 1617, año de su muerte, que acompaña a la cuarta edición, de Thou dedica una Oda a Enrique IV titulada «Verité», y en sus memorias inserta otro poema, «La posterité», compuesto por un amigo suyo en defensa de su honestidad intelectual. Más aún, el haber escrito en latín las *Historiae* no sólo tiene que ver con el prestigio de esta lengua, sino sobre todo con el intento de hacer una obra con una especial utilidad política, no expresamente disponible para un público amplio. De Thou se negó incluso a que se tradujera al francés.

Una buena parte de las Historias las escribió entre 1593 y finales de 1603, robando tiempo a su trabajo como magistrado y diplomático. En principio su idea era llevar el relato hasta 1593, para ceñirse estrictamente a las guerras de religión. Ahora bien, una serie de razones le hicieron cambiar en varias ocasiones la fecha límite, hasta dejar incompleta la obra con su fallecimiento. Primero, en un intento de darle mayor trascendencia europea, adoptó la fecha de 1601. El simbolismo de la misma para la nueva dinastía borbónica (nacimiento de Luis XIII y paz entre Francia y Saboya), una vez promulgado el Edicto de Nantes, y el fallecimiento de su esposa, le llevaron a ello. Sin embargo, fue la creciente tormenta que se desató tras la edición de 1604, la que le condujo a continuar la obra entre 1612 y 1614 e incluso redactar las citadas memorias ese mismo año para defenderse. A comienzos del Libro 127, en el que reanuda la obra mientras se dedica a asuntos de Estado durante la Regencia, de Thou se vuelve a quejar de la «manera indigna» como las *Historiae* fueron recibidas; reconoce que le habían granjeado un sinnúmero de enemigos y que las había dado por concluidas tras narrar la guerra civil, “la más funesta que haya habido nunca”, y llegar hasta la paz general. Sin embargo, el hecho de que amigos de diversos países le hubieran animado, y sobre todo el asesinato de Enrique IV en 1610, que “disipó todas mis dudas”, todo ello le decidió a continuar “sacrificando el reposo a la utilidad pública”.⁸¹ Finalmente tampoco esta previsión se cumplió pues su fallecimiento en 1617 abortaría el plan dejando

⁸⁰ Así la caracteriza Claude-Gilbert DUBOIS, *La conception de l'Histoire en France au XVIe siècle, (1560-1610)*, Paris, A. G. Nizet, 1977, pp. 173-174.

⁸¹ Jacques-Auguste de THOU, *Histoire Universelle depuis 1543 jusqu'en 1607. Traduite sur l' edition latine de Londres*. Londres, 1734, Tome Quatorzieme 1601-1607, pp. 1-4.

interrumpida la narración en el año 1607.⁸²

Los límites del modelo: el «tacitismo» y las historias contemporáneas

Como historiador de Thou se hubo de mover en un terreno en el que las tendencias a la propaganda y a la historia como «exempla» eran cada vez más efectivas y, por lo tanto, la construcción de una narración del propio tiempo, por encima de las diferencias nacionales y religiosas, cada vez más dificultosa. De hecho, las guerras de religión se habían convertido en una pieza clave para la teoría política de finales del XVI, a escala europea, al poner fuertemente a prueba la aplicación del moralismo cristiano. Poco podía hacer ante tal complejidad y nuevos intereses el modelo *Ab Urbe Condita* de Livio, que en cambio ya se había ganado un sólido prestigio entre las historias nacionales, y que, por supuesto, siguieron Guicciardini y Giovio. Mucho más operativo que Livio, se presentaba en este sentido Tácito. De Thou no fue ajeno a esta nueva influencia de Tácito, puesto que su más importante difusor, en el período de cambio de siglo, el holandés Justo Lipsio, también había pertenecido al amplio círculo de amistades del presidente del Parlamento de París.⁸³ Sin embargo, lo mismo para Lipsio que para sus abundantes seguidores europeos, el autor de los *Anales* y las *Historias* era valioso antes como fuente de «exempla» para examinar el comportamiento político que como simple maestro de la narrativa histórica, o dicho más precisamente: era útil para contar las historias en la medida en que sus ejemplos fueran capaces de conferir a esas narrativas una fuerte utilidad y tendencia al esclarecimiento político.

Las propias reflexiones sobre el «ars historica» de Bodin forman parte de uno de los primeros intentos de búsqueda de criterios históricos para explicar las bases teóricas de «la República». Sin embargo, con ciertas excepciones, a los autores de su época, más que una visión de la historia universal y una concepción histórica de las instituciones, que es lo que el jurista y erudito francés pretendía en *Methodus* y en obras posteriores, era otra cosa lo que les interesaba. Esos autores se sirvieron de las sentencias taciteanas –y de otros autores antiguos como Séneca– para examinar las diferencias y puntos de contacto entre la llamada «razón de Estado» y la moral cristiana, esto es, para subrayar los nuevos factores que se separaban de ésta última y que ya planteara Maquiavelo, como el uso del disimulo, el engaño, la prudencia y las convenciones en la política. El

⁸² Sobre la compleja elaboración de la obra y sus partes, Samuel KINSER, *The Works of Jacques-Auguste de Thou*, op. cit., pp. 80-85.

⁸³ Ingrid A. R. de SMET, *Thuanus. The Making* [...], op. cit., pp. 213-214.

Politicorum de Lipsio (Leiden, 1589), por ejemplo, se ofrece como una reflexión construida a base de innumerables y, en la mayoría de los casos, forzadas sentencias de los antiguos, sobre el modo en que el Príncipe debe afrontar los principales problemas de su época: la guerra, la inestabilidad de los imperios, la importancia de los consejeros y ministros, y las luchas religiosas, tema en el que el autor holandés recomienda sintomáticamente no servirse de la "vía de espanto y terror usado a deshora", sino más bien de la persuasión y el disimulo.⁸⁴ De ese modo, con su habilidad para mostrar las dificultades de su propia época, Tácito se había convertido en la referencia que mejor podía hacer efectiva la «similitudo temporum» en los momentos más difíciles de la consolidación de las monarquías modernas, una referencia decisiva para hacer digerible el supuesto de la razón de Estado entre los autores católicos.⁸⁵ En lo que respecta a la historiografía, el «tacitismo» aportó dos elementos: en primer lugar parece haber sido una forma bastante efectiva de servirse de los ejemplos, de la narrativa histórica y de la Retórica en un contexto en el que el desarrollo de los Estados y las guerras de religión apuntaban a nuevos comportamientos políticos, esto es, en un terreno donde los problemas de opinión pública, propaganda, reputación e imagen ganaban un peso creciente;⁸⁶ en segundo lugar, parece haber colaborado a abrir nuevas vías para comprender mejor las claves del comportamiento político, para ir más allá de las «apariencias políticas». En la medida en que la razón de Estado parecía constituir de modo creciente el horizonte de la política, se hacía imprescindible el discriminar las apariencias de las causas o las intenciones ocultas. Los historiadores del siglo XVII fueron claramente conscientes de ello.⁸⁷ A su modo lo explicaba Bacon en su análisis de las variedades de la «historia perfecta» cuando dice que las «relaciones» son preferibles a las «historias del tiempo» porque en éstas últimas la distribución ya ha sido decida por Dios, mientras que las primeras pueden elegir "un argumento comprensible en el aviso y las instrucciones del escritor".⁸⁸

En España la influencia del tacitismo en la historiografía aparece a mediados del reinado de Felipe II, pero no tendrá su primera publicación hasta las postrimerías del

⁸⁴ Justo LIPSIO, *Políticas*, Madrid, Tecnos, 1997, L. IV, pp. 105-110.

⁸⁵ José Antonio MARAVALL, "La corriente doctrinal del tacitismo político en España", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 238-240, octubre-diciembre 1969, pp. 647 y ss; y Friedrich MEINECKE, *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959, pp. 68-69.

⁸⁶ Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, en "Gracián y la historia", en *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*. Madrid, núm 29-30, 2001, pp. 142-144.

⁸⁷ Ejemplos relativos a la historiografía inglesa en Peter BURKE *The Renaissance Sense of the Past* [...], op. cit., pp. 92-104.

⁸⁸ Francis BACON, *The Advancement of Learning* [...], op. cit., p. 73.

mismo. La primera historia contemporánea salida de la pluma de un historiador español, en la que es observable la influencia de Tácito, fue el relato de la guerra contra los moriscos compuesta inmediatamente, o incluso al mismo tiempo, de ocurridos los hechos por Diego Hurtado de Mendoza -al parecer después de 1571 y antes de 1575. La obra, no obstante, tuvo que esperar a 1627 para su publicación.⁸⁹ En cambio, la que dio a la imprenta en 1598 el cronista Antonio de Herrera, sobre las guerras de religión en Francia, se puede considerar un texto en el que el tacitismo trasciende al simple ropaje retórico y alcanza a ser parte de una estrategia política. Para aquel entonces ya el Rey había llegado a la conclusión de que la historia contemporánea no se podía desatender ni dejar en manos de autores extranjeros, quienes arremetían contra la política de la monarquía hispánica. La obra del genovés Girolamo Franchi di Conestaggio, *De ll' unione dil regno di Portogallo alla corona di Castiglia* (Génova, 1589, 2ª ed.), traducida a varias lenguas y muy crítica con la anexión de Portugal, había sido uno de las primeras llamadas de atención.⁹⁰ La novedad de la citada Historia de Herrera la señala el autor ya al principio de la misma al asegurar que “no es historia donde se hallan muchas batallas, reencuentros, escaramuzas, y otros hechos de guerra, sino muy diferentes de las que hasta aora se hallan escritas”, y que se va a centrar en penetrar los “secretos y fines de designios de los gobernantes” franceses, quienes a través de la “lengua, la pluma y el artificio” habrían “mudado las armas en negociaciones y tratos” con los hugonotes, perdiendo con ello el respeto de su pueblo y traicionando así a toda la Cristiandad.⁹¹

Una presencia más continuada del tacitismo en la historiografía española de la época no se hallará hasta el reinado de Felipe IV. Para entonces ya era una moda europea y la propaganda de ciertos adversarios de la monarquía hispánica se había extendido considerablemente, destacando los *Ragguagli di Parnasso* (1612) del tacitista Trajano Boccalini, quien supo mezclar como nadie la sátira con la reflexión política.⁹² Un ejemplo interesante de ese tacitismo con objetivos propagandísticos, pero

⁸⁹ Consultada la edición de Bernardo BLANCO-GONZÁLEZ, *Guerra de Granada*, Madrid, Castalia, 1970. Los rasgos «tacitistas» de esta obra en Francisco SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, CSIC, 1951, pp. 154-159.

⁹⁰ Vid. Richard L. KAGAN, *El rey recatado* [...], op. cit., pp. 51-52.

⁹¹ Antonio de HERRERA Y TORDESILLAS, *Historia de los sucessos de Francia desde el año 1585 que comenzó la liga Católica hasta el fin del año 1594*, Madrid, Lorenzo de Ayala, 1598, pág. dedicada “al Altísimo y serenísimo Príncipe Don Felipe nuestro Señor”.

⁹² Beatriz ANTÓN MARTÍNEZ, *El Tacitismo en el siglo XVII* [...], op. cit., pp. 94-101, 132-145. Sobre la importancia de Boccalini, Marc FUMAROLI, “Les abeilles et les araignées”, en Anne-Marie Lecoq (ed.), *La querelle des Anciens et des Modernes, XVII-XVIII siècles*, Paris, Gallimard, 2001, pp. 29-51; Friedrich MEINECKE, *La idea de razón de Estado* [...], op. cit., pp. 72-91; y Juan BENEYTO, “Boccalini en

esta vez a favor de la monarquía hispánica, lo ofrece la *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV* (1639) del noble boloñés Virgilio Malvezzi, quien se afincará en España –huyendo de problemas en su ciudad natal- entre 1636 y 1646 para formar parte de un círculo de historiadores, a instancia del propio conde-duque de Olivares, dedicados a contrarrestar la propaganda política francesa y a defender los intereses de Felipe IV.⁹³

La obra de Malvezzi sólo circuló de modo reducido, pero aún así lo suficiente para demostrar cómo el modelo humanista de la historia contemporánea se había colocado en este caso al servicio de la exaltación y la propaganda. Para esa tarea nadie mejor que Malvezzi, a quien precedía fama de escritor político y divulgador de Tácito además de apologista del conde-duque. La obra es una presentación de los frentes de guerra y las dificultades diplomáticas de los escenarios europeos legados por Felipe III a su hijo y sometidos al imperio de la “Fortuna”, en la que el autor advierte de las dificultades de los tiempos. Su rasgo estilístico más destacado es el tono exageradamente sentencioso plagado de imágenes y conceptos que se retuercen y enfrentan con violencia.⁹⁴ Le interesan factores políticos como la reputación, la conveniencia, las convenciones, la prudencia, la adulación, el engaño y el disimulo. De éste último tiene, por ejemplo, una concepción positiva: considera que “perder la simulación” es “abrir a las pasiones el camino”.⁹⁵

El estilo barroco de Malvezzi contrasta con el tono contenido y «neutral», aunque crítico con el conde-duque y también sentencioso, de la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* (1645); otro ejemplo reconocido de obra «tacitista», del hidalgo y caballero portugués Francisco Manuel de Melo. Pero es común a ambos el deseo de ceñirse a una historia política contemporánea, vivida, que, acorde con los tiempos turbulentos que los autores subrayan, se interesa sobre todo por los resortes de la política, la coyuntura internacional y «el interés del Estado». Para evitar que se le acuse de animadversión Melo llega, por ejemplo, a reivindicar el hecho de haber estado presente en algunos de los hechos que narra. Su obra que comienza con el

España”, en *Revista de Estudios Políticos*, núm., 45, 1949, pp. 103-108.

⁹³ Sobre dicho círculo, con autores como Guillén de la Carrera, Gonzalo de Céspedes y Meneses, José Pellicer y Matías de Novoa, José María JOVER, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, CSIC, 1949, pp. 85-387.

⁹⁴ Sobre la figura de Malvezzi y su importancia, D. L. SHAW (ed.), “Estudio Preliminar” a Virgilio MALVEZZI, *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV*, London, Tamesis Books Limited, 1968, pp. XIII-XVII; y Mercedes BLANCO, “Quevedo lector de Malvezzi”, en *La Perinola. Revista de Investigaciones Quevedianas*, núm. 8, 2004, pp. 77-108.

⁹⁵ Virgilio MALVEZZI, *Historia* [...], op. cit., pp. 25, 53.

desencadenamiento de las hostilidades entre Francia y España en 1635, se centra en el desafío de los sublevados, en las negociaciones con la Corte de Felipe IV, se fija en la reputación de éste, en el uso de la prudencia, la moderación, «la gran arte de la disimulación», etc.⁹⁶ Debe recordarse que casi paralelamente Lord Clarendon, una de las más importantes figuras del campo realista en la guerra civil inglesa, estaba escribiendo su famosa *History of the Rebellion and Civil Wars in England Begun in the year 1641* (Oxford, 1704).

A pesar de estas nuevas formas de abordar la historia política, no puede sorprender que el escepticismo hacia la historia del propio tiempo hubiera ido también en aumento. En *Genio de la historia*, tratado que publica en 1651 el carmelita fray Jerónimo San José, ya se puede observar, por ejemplo, este cambio. No hay un rechazo expreso de la posibilidad de escribir la historia del presente, pero sí una oposición del autor a uno de sus recursos más significativos: “vengo a tener por mayor conveniencia el no se hallar presente el historiador” para que “tenga el ánimo libre y desapasionado para conocer y juzgar la verdad [...], cosa dificultosa en los que se precian y jactan de que vieron ellos mismos las cosas”.⁹⁷ Y, en fin, valga también el ejemplo de cómo, en *El Criticón* (segunda parte, 1653), en sus comentarios satíricos sobre la «musa de la Historia», Baltasar Gracián hace la siguiente apreciación: “a ninguno [de los personajes que la rodeaban] daba pluma que no fuese después de cincuenta años de muerto”.⁹⁸

En definitiva, podemos interpretar el género de las «historiae ipsius temporis» como un elaborado intento de explorar el propio tiempo, el primero que puede considerarse “Historia del Presente” propiamente; un intento inspirado en los antiguos y en la Retórica, en el que la historia adquiere por primera vez unos usos políticos modernos. No sería extraño suponer que esta historiografía político-militar, que sirvió para representar la turbulenta implantación de la hegemonía española, las incipientes identidades nacionales y las guerras de religión, acabó perdiendo una buena parte de su función pública y ambiciones cuando, concluidas las guerras de religión, en la segunda mitad del XVII, comenzara a abrirse camino en Europa un clima cultural distinto. Los ilustrados fueron grandes investigadores de las causas de los fenómenos sociales, se

⁹⁶ La referencia de Francisco Manuel de MELO a lo visto y oído, en la *Historia de los movimientos guerra y separación de Cataluña*, Madrid, Castalia, 1996, p. 154. Datos biográficos e intelectuales de la azarosa trayectoria de este autor, en Joan ESTRUCH TOBELLA (ed.), “Introducción biográfica y crítica”, en *Ibidem*, pp. 7-25. y Francisco SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, op. cit., pp. 180-198.

⁹⁷ Fr. Jerónimo SAN JOSÉ, *Genio de la historia*, Vitoria, “El Carmen” eds., 1957, p. 359.

⁹⁸ Baltasar GRACIÁN, *Obras Completas*, Madrid, Fundación de Literatura Universal-Espasa Calpe, 2001, p. 1095.

mostraron muy proclives a la historia política y, además, heredaron algunos elementos del humanismo anterior, como el respeto –que no la imitación- de los antiguos. Pero para investigar esas causas, el movimiento de la luces disfrutó de un repertorio mucho más amplio que el elenco de los autores antiguos y de las técnicas políticas. La filosofía moral y la economía política se presentaban como instrumentos mucho más profundos que la Retórica y sus aplicaciones. Nuevas imágenes del historiador ideal se abrirían además camino en una visión mucho más amplia de la república de las letras.